

LIBRO SEGUNDO

I

Después del *Pater*, el padre Mouret, habiéndose inclinado ante el altar, se dirigió del lado de la Epístola. Después bajó y fué a hacer la señal de la cruz sobre el gran Fortunato y sobre Rosalía, arrodillados el uno al lado del otro, al borde del estrado.

—*Ego conjungo vos in matrimonium, in nomine, Patris, et Filii, et Spiritus sancti.*

—*Amen*—contestó Vicente, que ayudaba la misa, contemplando el semblante de su hermano mayor, curiosamente y con el rabillo del ojo.

Fortunato y Rosalía bajaban la barba, un tanto emocionados, aunque se hubiesen empujado con el codo al arrodillarse, para hacerse reír. En esto Vicente había ido por la caldereta y el hisopo. Fortunato metió el anillo en la caldereta, una formidable tumbaga de plata del todo lisa. Cuando el sacerdote la hubo bendecido, con sus aspersiones en forma de cruz, devolviola a Fortunato, quien la pasó al anular de Rosalía, cuya mano permanecía verdosa con las manchas de hierba que el jabón no había podido borrar.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti*

—murmuró nuevamente el padre Mouret, dándoles una postrera bendición.

—*Amen*—respondió Vicente.

Era muy de mañana, y el sol no entraba todavía por las anchas ventanas de la iglesia. Fuera, en las ramas del serbal, cuya hojarasca parecía haber hundido los vidrios, veíase el bullicioso despertar de los gorriones. La Teuse, que no había tenido tiempo para hacer la limpieza de la casa de Dios, sacudía los altares, se empinaba sobre su pierna sana para limpiar los pies del Cristo pintarrajeado de ocre y de laca, alineaba las sillas lo más apañadamente posible, inclinándose, santiguándose, dándose golpes de pecho, siguiendo la misa, todo sin perder ni una sola sacudida con el plumero. Sola, al pie del púlpito, a unos pasos de los esposos, la tía Bricchet asistía al casamiento; rezaba por modo exagerado; permanecía de rodillas, con tan fuerte balbuceo, que la nave parecía llena de enjambres de moscas. Y en el otro extremo, al lado del confesonario, Catalina tenía en sus brazos un niño en mantillas; habiéndose puesto el niño a llorar, tuvo que volverse de espaldas al altar, haciéndole brincar, distrayéndole con la cuerda de la campana que le llegaba justamente a la nariz.

—*Dominus vobiscum*—dijo el sacerdote, volviéndose, con las manos extendidas.

—*Et cum spiritu suo*—contestó Vicente.

En aquel instante entraron tres muchachonas. Empujábanse, para ver, sin atreverse no obstante a adelantarse demasiado. Eran las amigas de la Rosalía, quienes, al ir a los campos, acababan de escaparse, curiosas por oír lo que el señor cura diría a los desposados. Llevaban grandes tijeras pendientes de la cintura. Concluyeron por esconderse detrás del baptisterio, pellizcándose, retorciéndose con descoyuntamientos de grandes tunantas, y sofocando risas con los puños cerrados.

—Pues bien—dijo a media voz la Roja, soberbia muchacha que tenía los cabellos y la tez color de cobre.—No se pegarán a la salida.

—¡Mira! el tío Bambousse tiene razón—dijo Lisa, pequeñita, muy morena, con ojos que echaban chispas;—cuando se tienen viñas, se cuida de ellas... Ya que el señor cura ha querido de todos modos casar a Rosalía, bien puede casarla él solo.

La otra, Babet, jorobada y huesuda, lo echaba a broma.

—Nunca falta la tía Brichet—dijo—Esta es devota por toda la familia... ¡Eh! ¿No oyen ustedes cómo ronca? Esto va a ganarle el jornal. Ya sabe lo que se hace.

—Está tocando el órgano—repuso la Roja.

Y rompieron a carcajadas las tres. La Teuse, desde lejos, las amenazó con el plumero. En el altar, el padre Mouret comulgaba. Cuando se dirigió del lado de la Epístola para que Vicente le vertiera, sobre el pulgar y el índice, el vino y el agua de la ablución, Lisa dijo en voz, más queda:

—Pronto quedará terminado. En seguida les hablará.

—De este modo—hizo notar la Roja,—el gran Fortunato podrá ir todavía a su campo, y la Rosalía no habrá perdido su jornal de vendimia. Resulta muy cómodo el casarse por la mañana temprano... ¡Qué cara de estúpido tiene el gran Fortunato!

—¡Pardiez!—murmuró Babet,—ese muchacho debe de aburrirse, manteniéndose tanto rato hincado de rodillas. A buen seguro que no le había sucedido semejante cosa desde su primera comunión.

Mas de repente se vieron distraídas por el rorrio a quien Catalina trataba de alegrar. Quería la cuerda de la campana, y tendía las manos, verde de cólera, atrahogándose de puro gritar.

—¡Eh! Allí tienen el crío—dijo la Roja.

El rapaz lloraba con más fuerza aún y forcejeaba como un energúmeno.

—Ponle boca abajo y dále de mamar—apuntó Babet a Catalina.

Esta, con una sinvergüenza de picarona de diez años, alzó la cabeza y se echó a reír.

—La cosa no me divierte mucho que digamos—dijo sacudiendo al infante.—¿Quieres callarte, marranejo? Mi hermana me lo ha plantado sobre las rodillas.

—Lo creo muy bien—replicó malignamente Babet.—Estoy en que no podía dejárselo al señor cura para que se lo guardase.

Esta vez la Roja por poco no cae de espaldas al soltar la carcajada. Dejóse caer contra la pared, con los puños en las caderas y riendo para reventar. Lisa se había echado sobre ella, regocijándose mejor con tirarle grandes pellizcos en los hombros y en los riñones. Babet soltaba una risa de corcovada, que pasaba por sus apretados labios con chirrido de sierra.

—A no ser por el crío—continuó,—el señor cura perdía su agua bendita... El tío Bambousse estaba decidido a casar a Rosalía con el hijo de Laurent, del barrio de las Higueras.

—Sí—dijo la Roja entre dos risas.—¿Sabéis lo qué hacía el tío Bambousse...? Pues tiraba terrones de tierra a la espalda de Rosalía para evitar que la criatura viniese al mundo.

—Sea como sea, está robusto que es una bendición. Los mogotes le han aprovechado.

Al oír esto, las tres se mordían, en un acceso de risa loca, cuando la Teuse se acercó cojeando furiosamente. Había ido a coger la escoba detrás del altar. Las tres grandullonas cobraron miedo, retrocedieron y se mantuvieron formales.

—¡Picaronazas!—refunfuñó la Teuse.—¡Y volveis aquí para soltar vuestras indecencias!.. Tú, la Roja, tú no tienes pizca de vergüenza! Tu sitio estaría allí, de rodillas delante del altar, como la Rosalía... Si llegáis a moveros, os echo afuera ¿lo entendéis?

Las cobrizas mejillas de la Roja se colorearon ligeramente, mientras que Babet le miraba el talle maliciosamente.

—Y tú—prosiguió la Teuse volviéndose hacia Catalina,—¿quieres dejar tranquilo a ese muñeco? Le pellizcas para hacerle gritar. ¡No digas que no! Dámelo.

Tomólo, lo meció un instante y lo puso en una silla, en donde se durmió con paz de querubín. La iglesia volvió a su sosiego triste, interrumpido tan sólo por la algazara de los gorriones, en el serbal. En el altar, Vicente había vuelto a llevar el misal a la derecha, y el padre Mouret acababa de liar el corporal y guardarlo en la bolsa. Ahora rezaba las últimas oraciones, con severo recogimiento, que no habían podido turbar ni el llanto del muchacho ni las risas de las grandullonas. Parecía no oír nada, atento tan sólo a las plegarias que dirigía al cielo por la felicidad de la pareja cuya unión había bendecido. Aquella mañana el cielo se mantenía gris, con un polvillo caluroso que cubría el sol. Por los vidrios rotos, apenas entraba como un rojizo vaho, que anunciaba un día de tempestad. A lo largo de las paredes, los grabados torpemente iluminados del camino de la cruz, ostentaban la sombría rudeza de sus manchas amarillas, azules y coloradas. En el fondo de la nave, las secas maderas de la tribuna, crugían; mientras que las hierbas de la escalinata, que habían crecido en gran manera, dejaban pasar bajo la gran puerta largas pajas ya agostadas, pobladas de diminutas langostas oscuras. El reloj, en su caja de madera, tuvo un arranque de mecánica tísica, como para aclararse la voz, y dió sordamente el golpe de las seis y media.

—*Ite, missa est*—dijo el sacerdote, volviéndose hacia la iglesia.

—*Deo gratias*—respondió Vicente.

Luego, después de haber besado el altar, el padre Mouret se volvió de nuevo, murmurando sobre el cuello inclinado de los esposos, la plegaria final:

—*Deus Abraham, Deus Isaac, et Deus Jacob vobiscum sit.*

Su voz se perdía en monótona dulzura.

—Oid, ahora va a hablarles—apuntó Babet a sus dos amigos.

—Está muy pálido—hizo notar Lisa.—No se asemeja al señor Caffin, cuya gruesa cara parecía reír siempre... Mi hermanita Rosa me ha contado que no se atreve a decirle nada, cuando confiesa.

—No importa—murmuró la Roja,—no es por cierto un hombre feo. La enfermedad le ha envejecido un poco, pero le sienta muy bien. Tiene los ojos más grandes, con dos arruguitas en los extremos de la boca que le dán el aspecto de hombre. Antes de su calentura, era demasiado niño.

—Mas yo tengo para mí que oculta alguna pena—repuso Babet.—Diríase que se está minando. Su rostro parece muerto, pero sus ojos brillan. Vosotras no le véis, cuando baja lentamente los párpados, como para apagar la luz de sus ojos.

La Teuse agitó la escoba.

—¡Chist!—silbó con tanta energía, que no parecía sino que un huracán se había colado en la iglesia.

El padre Mouret se había recogido. Empezó a decir en voz casi baja:

—Mi querido hermano, mi hermana querida, quedáis unidos en Jesús. La institución del matrimonio es el símbolo de la unión sagrada de Jesús y de su Iglesia. Es un lazo que nada puede desatar, que Dios quiere que sea eterno, para que el hombre no separe jamás lo que el cielo ha unido. Al hacer los huesos de vuestros huesos, Dios os ha enseñado que tenéis el deber de andar el uno al lado del otro, como pareja fiel, conforme a las vías preparadas por su omnipotencia. Y debéis amaros en el mismo amor de Dios. La menor acritud entre vosotros, sería una desobediencia al Creador, que os ha sacado de un solo cuerpo. Permaneced unidos para siempre, a semejanza de la Iglesia que Jesús

ha desposado, dándonos a todos su carne y su sangre.

El gran Fortunato y la Rosalía, con la nariz con curiosidad al aire, prestaban atención:

—¿Qué dice?—preguntó Lisa, que no oía muy bien.

—¡Pardiez! dice lo que se dice siempre—contestó la Roja.—Tiene la lengua muy bien puesta, como todos los curas.

Entretanto, el padre Mouret continuaba hablando, con la mirada vaga, contemplando, por encima de la cabeza de los esposos, un perdido rincón de la iglesia. Y poco a poco, su voz se dulcificaba y llevaba un enternecimiento a aquellas palabras, que en otros tiempos había aprendido, con ayuda de un manual destinado a los jóvenes sacerdotes. Habíase vuelto ligeramente del lado de la Rosalía, y decía, agregando frases conmovedoras, cuando la memoria le faltaba:

—Hermana querida, sea usted siempre sumisa a su marido, como la Iglesia está sometida a Jesús. Tenga usted presente que todo lo debe dejar para seguirle, como sirviente fiel. Abandonará usted a su padre y a su madre, se ligará usted a su esposo, le obedecerá, a fin de obedecer a Dios mismo. Y su yugo, será un yugo de amor y de paz. Sea usted su descanso, su felicidad, el perfume de sus buenas obras, la salud de sus horas de desfallecimiento. Que le encuentre a usted siempre a su lado, como una gracia. Que no haga más que extender una mano para encontrar la de usted. Por tal modo caminarán ustedes ambos, sin extraviarse jamás, y encontrarán la dicha en el cumplimiento de las leyes divinas. ¡Oh, querida hermana mía, mi hija querida, su humildad llena está de frutos suaves; nacer hará en usted las virtudes domésticas, las alegrías del hogar, las prosperidades de las familias piadosas! Tenga usted para su esposo las ternuras de Raquel, la sabiduría de Rebeca, la constante fidelidad de Sara. Persuádase usted de que

una vida pura lleva a todos los bienes. Pida usted a Dios cada mañana fuerzas para vivir como mujer que respeta sus deberes; pues el castigo sería terrible, perdería usted su amor. ¡Oh! vivir sin amor, arrancar la carne de su carne, no pertenecer ya a aquel que es la mitad de nuestra vida, agonizar lejos de lo que se ha amado! Tenderíais vuestras alegrías, y sólo encontraríais el bochorno en el fondo de vuestro corazón. Compréndame usted, hija mía, en usted, en la sumisión, en la pureza, en el amor, es en donde el Señor ha puesto la fuerza de vuestro amor.

En aquel momento, oyóse reír al otro extremo de la iglesia. El chiquitín acababa de despertarse en la silla en donde lo había tendido la Teuse. Mas no era malévolo, ¡reíase solito, habiendo descompuesto sus mantillas y dejado pasar sus sonrosados piececillos, que agitaba en el aire. Y sus piececillos eran precisamente los que le hacían reír.

Rosalía, a quien la alocución del sacerdote aburría, volvió vivamente la cabeza y sonrió al muchacho. Mas cuando le vió perneando sobre la silla, tuvo miedo y lanzó una mirada terrible a Catalina.

—Ya puedes mirarme — rezongó ésta. — No lo vuelvo a tomar. ¡Para que chille más aún!

Y se fué, bajo la tribuna, a atisbar un hormiguero en la destrozada juntura de una baldosa.

—El señor Caffin no charlaba tanto—dijo la Roja.—Cuando casó a la hermosa Mietta, tan sólo le dió un par de golpecitos en la mejilla, recomendándole la cordura.

—Mi querido hermano—repuso el padre Mouret, medió volviéndose hacia el gran Fortunato.—Dios es quien en el día de hoy le concede una compañera, pues no ha querido que el hombre viva solitario. Pero si ha dispuesto que sea su servidora, exige que sea usted un amo lleno de dulzura y de cariño. Usted la amará, porque es la propia carne de usted, su sangre y sus huesos. Usted la protegerá, porque el Señor no le ha dado sus fuertes brazos sino para tenderlos sobre su cabeza, en los

momentos de peligro. Recuerde usted que le ha sido confiada; ella es la sumisión y la debilidad, de que no podría usted abusar sin cometer un crimen. ¡Oh, querido hermano mío! ¡Qué dichosa arrogancia debe de ser la suya! En adelante ya no vivirá usted en el egoísmo de la soledad. A todas horas tendrá usted un hermoso deber que cumplir. Nada hay mejor que amar, a no ser la protección de aquellos a quienes se ama. Su corazón se dilatará y sus fuerzas de hombre vendrán a centuplicarse. ¡Oh! convertirse en sostén, recibir un amor en custodia, ver a una criatura aniquilarse en usted, diciendo: "Tómame, haz de mí lo que te plazca, confío en tu lealtad!" ¡Y se condenaría usted si llegase a desampararla! Sería el más cobarde abandono que Dios tendría que castigar. Desde el punto y hora en que se ha dado a usted, es de usted para siempre. Antes llévesela en los brazos y no la deje en tierra hasta que en ella se encuentre segura. Déjelo usted todo, querido hermano mío...

El padre Mouret, con la voz profundamente alterada, no dejó oír ya sino un murmurio indistinto. Había bajado completamente los párpados, su rostro aparecía del todo pálido, y hablaba con tan dolorosa emoción, que hasta el gran Fortunato lloraba, sin comprender.

—Aún no está restablecido—dijo Lisa.—Hace mal en fatigarse... ¡Mira, Fortunato llora!

—Los hombres son más tiernos que las mujeres—murmuró Babet.

—Sea como sea, ha hablado muy bien—arguyó la Roja.—A esos curas se les ocurre buscar un montón de cosas en que nadie piensa.

—¡Chist!—gritó la Teuse, quien se aprestaba ya a apagar las velas.

Pero el padre Mouret balbuceaba, tratando de dar con las frases finales.

—Por todo esto, mi querido hermano, mi hermana querida, debéis vivir en la fe católica, la

única que puede asegurar la paz del hogar vuestro. Vuestras familias, con seguridad, os han enseñado a amar a Dios, a rogarle mañana y noche, a contar tan sólo con los dones de su misericordia...

Y no dió fin. Volvióse para tomar el cáliz del altar y entró en la sacristía, con la cabeza inclinada, precedido por Vicente, quien en un tris estuvo que no dejase caer las vinajeras y el manutergo, por tratar de ver lo que hacía Catalina, en lo hondo de la iglesia.

—¡Oh, la muy descorazonada!—dijo Rosalía, quien dejó allí plantado a su marido, para ir a tomar al rapaz en sus brazos.

El niño se reía. Su madre le besó y le arregló las mantillas, sin dejar de amenazar con el puño a Catalina.

—Si se hubiese caído, te habría alumbrado un buen par de bofetones.

El gran Fortunato se acercaba zarandeándose. Las tres muchachas se habían adelantado, pellizcándose los labios.

—Miradlo ¡qué orgulloso está ahora—susurró Babet al oído de las otras dos.—Ese pordiosero se ha ganado los escudos del tío Bambousse sobre el heno, detrás del molino... Todas las noches, le veía yo irse allá con Rosalía, andando a gatas, a lo largo de la tapia.

Y se mofaban de lo lindo. El gran Fortunato, de pie ante ellas, se reía de la mejor gana. Pellizcó a la Roja y se dejó tratar de borrico por Lisa. Era un mancebo robusto, que se reía del mundo entero. El cura le había fastidiado.

—¡Eh, señora madre!—llamó con su estentórea voz.

Pero la vieja Brichet mendigaba a la puerta de la sacristía. Allí se mantenía, lloriqueando, hecha un pergamino, delante de la Teuse, la que le deslizaba un par de huevos en los bolsillos del delantal. A Fortunato no le dió ni pizca de vergüenza, y guiñó los ojos, diciendo:

—¡No es poco taimada la madre!... ¡Caramba! Ya que el cura quiere gente en la iglesia...

Entre tanto Rosalía se había sosegado. Antes de irse, preguntó a Fortunato si había rogado al señor cura que fuese a bendecir la alcoba, con arreglo a la costumbre del país. Entonces Fortunato corrió a la sacristía, atravesando la nave a talonazos, cual si hubiese atravesado un campo. Y volvió a presentarse, gritando que el cura iría. La Teuse, escandalizada por el barullo de aquella gente, que creía hallarse en un camino real, dió unas ligeras palmadas y les empujaba hacia la puerta.

—Se acabó—decía,—retiráos, id a trabajar.

Y ya creía que todos estaban fuera, cuando divisó a Catalina a la que Vicente había llegado a unirse. Ambos, llenos de ansiedad, se inclinaban sobre el agujero de hormigas. Catalina, con una larga paja, hurgaba el agujero, con fuerza tal, que una oleada de espantadas hormigas se extendía sobre la baldosa. Y Vicente decía que era preciso llegar hasta el fondo, para encontrar a la reina.

—¡Ah, bandidos!—gritó la Teuse.—¿Qué es lo que estáis haciendo ahí? ¿Queréis dejar a los pobres animales tranquilos?... Ese es el nido de hormigas de la señorita Deseada. ¡Contenta se pondría si llegase a veros!

Los muchachos apretaron a correr.

II

El padre Mouret, puesto de sotana y con la cabeza descubierta, había vuelto para arrodillarse al pie del altar. En la claridad gris que entraba por las ventanas, la tonsura le agujereaba los cabellos con una mancha pálida, muy extensa, y el ligero estremecimiento que le inclinaba la cerviz, parecía provenir del frío que debía de percibir allí. Rogaba ardientemente, juntas las manos, tan absorto en el fondo de sus plegarias, que no oía el pesado andar de la Teuse, que se movía a su alrededor, sin resolverse a interrumpirle. Parecía sufrir, al verle tan extenuado y con las rodillas quebrantadas. Por un instante, se le figuró que lloraba. Entonces pasó detrás del altar, con el objeto de espíarle. Desde su regreso, no quería volverle a dejar solo en la iglesia, por haberle encontrado una noche en el suelo, perdido el conocimiento, apretados los dientes, heladas las mejillas, cual si estuviese muerto.

—Venga usted, pues, señorita—dijo a Deseada, que asomaba la cabeza por la puerta de la sacristía.—Todavía está allí, para hacerse mal... Usted ya sabe que a nadie atiende sino a usted.

Deseada se sonreía.

—¡Pardiez! hay que almorzar — murmuró.— Tengo mucha hambre.

Y se acercó al sacerdote, de puntillas. Así que estuvo cerca, le cogió por el cuello y le besó.

—Buenos días, hermano mío—le dijo.—¿Es que quieres matarme hoy de hambre?

Y presentó un semblante tan dolorido, que volvió a besarle en ambas mejillas. Salía de una agonia. Después, cuando la hubo conocido, trató de apartarla con dulzura; mas ella tenía cogida una de sus manos y no la soltaba. Gracias que le permitiera que se santiguara. Se lo llevaba consigo.

—Ya que tengo hambre, ven, pues. Tú también la tienes.

La Teuse había preparado el almuerzo, en el fondo del jardinillo, bajo dos grandes morrales, cuyas ramas extendidas, presentaban una bóveda de follaje. El sol, vencedor al fin de las tempestuosas humedades de la mañana, calentaba los cuadros de hortalizas, en tanto que el moral proyectaba un ancho lienzo de sombra sobre la mesa coja, en que se hallaban servidas dos tazas de feche, acompañadas de gruesas rebanadas.

—Ya ves que esto es hermoso—dijo Deseada entusiasmada por comer al aire libre.

Cortaba enormes pedazos de pan, que mordía con soberbio apetito. Como la Teuse permaneciese en pie delante de ellos:

—Qué, ¿tú no comes?

—En seguida—contestó la vieja criada.—Mi sopa está cocándose.

Y tras de un corto silencio, asombrada por las dentelladas de aquella niña grande, repuso, dirigiéndose al sacerdote:

—Cuando menos esto da gusto... ¿No le abre el apetito, señor cura? Tiene usted que hacer un esfuerzo.

El padre Mouret se sonreía, mirando a su hermana.

—¡Oh, está muy buena!—murmuró.—Cada día se pone más gruesa.

—¡Toma! eso es porque como—exclamó.—Si tú

comieses, reventarías de grueso... ¿Acaso te sientes todavía enfermo? Parece que estás muy triste... No, quiero que aquello vuelva a empezar, ¿lo entiendes? Me he aburrido demasiado, mientras que se te llevó fuera para curarte.

—Tiene razón—dijo la Teuse.—Carece usted de sentido común, señor cura; no es para vivir el alimentarse con dos o tres migajas cada día, como un pajarito. ¡Pardiez! así no criará usted ya sangre. Eso es lo que tiene a usted tan pálido... ¿No le da a usted vergüenza quedarse más flaco que un clavo, cuando nosotras estamos tan gruesas, nosotras que no somos más que mujeres? Tal vez se crea que no dejamos a usted nada en los platos.

Y ambas, que reventaban de salud, le reñían cariñosamente. Tenía los ojos muy grandes, muy claros, tras de los cuales se veía como un vacío. Siempre se sonreía.

—No estoy enfermo—contestó.—Casi me he tomado toda la leche.

Se había tomado dos sorbitos, sin tocar a las rebanadas de pan con manteca.

—Los animales—dijo Deseada,—se portan mejor que las personas.

—Muy bien, esa es una gran satisfacción para nosotras—exclamó la Teuse riendo.

Mas aquella inocente de veinte años no tenía la menor malicia.

—Seguramente—prosiguió,—a las gallinas no les duele la cabeza, ¿verdad? A los conejos se les pone tan gordos como se quiere. Y en cuanto a mi marranillo, no podrás decir que en su vida tenga el semblante triste.

En seguida, volviéndose hacia su hermano, dijo entusiasmada:

—Le he puesto por nombre Mateo, porque se parece a ese gordínflón que trae el correo; ha engordado tanto que da gloria verlo... No eres nada amable negándote siempre a verle. No te negarás uno de estos días a que te lo enseñe, ¿eh?

Y en tanto que se mostraba cariñosa, había ido tomando las tostadas de su hermano, las que mordía con delicia. Había ya dado fin a una y se proponía a emprenderla con la segunda, cuando la Teuse se dió cuenta de ello.

—Pero esas rebanadas no son para usted. Bien puede ahora decirse que le quita usted el pan de la boca.

—Déjela usted—dijo el padre Mouret con dulzura;—yo no las habría tocado... Come, cómetelo todo, querida niña.

Deseada habíase quedado por un instante confusa, mirando el pan y conteniéndose para no llorar. Acto seguido se echó a reír y daba fin a la tostada. Y continuó:

—Tampoco mi vaca está triste como tú... Tú no estabas allí, cuando me la dió el tío Pascual, haciéndome prometer ser juiciosa. A no ser así, habrías visto lo contenta que se puso, cuando la abracé por vez primera.

Aplicó el oído. Un canto de gallo venía del corral, una creciente algazara, batir de alas, gruñidos, roncós gritos todo un pánico de animales espantados.

—¡Ah! Tú no sabes —prosiguió bruscamente palmoreando,—debe de hallarse en estado... Yo la llevé al toro, a tres leguas de aquí, al Béage... ¡Caramba! es que no se encuentran toros en todas partes!... Entonces, cuando se hallaba con él, quise quedarme allí, para ver.

La Teuse se encogió de hombros, mirando al sacerdote en actitud de contrariedad.

—Mejor sería, señorita, que fuese usted a poner en paz a sus gallinas... Toda la gente de usted se asesina allá abajo.

Pero Deseada tenía empeño en continuar su historia.

—Se subió sobre ella, la cogió entre sus patas... La gente se reía. No había sin embargo para qué reírse; es natural. Fuerza es que las madres tengan

sus pequeñuelos, ¿es verdad o no es verdad? Dime, ¿crees que tendrá un ternero?

El padre Mouret hizo un vago gesto. Había bajado los párpados ante las claras miradas de la joven.

—¡Eh! ¡Corra usted!—gritó la Teuse.—Se están comiendo unos a otros.

La trapatiesta revestía tan violentos caracteres en el corral, que Deseada echaba a correr con gran ruido de faldas, cuando el sacerdote la llamó.

—Y la leche, hija mía, ¿no te la has tomado aún?

Y le alargó la taza, a la cual apenas había tocado.

Deseada volvió y se bebió la leche sin el menor escrúpulo, no obstante los irritados ojos de la Teuse. Después volvió a tomar el vuelo hacia el corral, en donde se la oyó poner en paz a sus animales. Debió de haberse sentado en medio de ellos; canturraba dulcemente, como para mecerlos.